

*Universidad de Los Andes
Centro de Estudios Políticos y Sociales
de América Latina
Postgrado en Ciencia Política*

***La modernidad fragmentada. A propósito
de Andrés Bello***

Luis Ricardo Dávila

I.- Tiempo(s) Moderno(s)

Siendo la lengua el medio de que se valen los hombres para comunicarse unos a otros cuanto saben, piensan y sienten, no puede menos de ser grande la utilidad de la Gramática, ya para hablar de manera que se comprenda bien lo que decimos (...) ya para fijar con exactitud el sentido de lo que otros han dicho (...)

Andrés Bello

De acuerdo a la periodización convencional adoptada por las diferentes historias europeas, la modernidad es entendida como aquel período histórico que emerge en Europa en las postrimerías del siglo XVI cuyo contenido es doble: 1- Una perspectiva filosófica que introduce la posibilidad de aprehender el mundo a través de la razón y de la ciencia --perspectiva ésta llamada más tarde “el proyecto de la modernidad” abarcando en lo político-filosófico figuras tales como Maquiavelo, Descartes, Hobbes, Locke, Rousseau, Kant, Hegel, Marx, Nietzsche y otros; 2- Una específica forma de sociedad, resultado de aquel amplio contexto socio-intelectual presente en Europa desde el Renacimiento, en la cual este proyecto encuentra expresión. La filosofía, la política y la ciencia dejaron de ser entendidas como actos contemplativos. Sin duda la nueva condición de éstas será reafirmada más tarde en la consigna de Goethe que inaugura la modernidad: “en el principio era la acción”. Y ésta no era otra que la acción del espíritu. A través suyo la filosofía, la política y la ciencia harían posible el progreso hacia estadios superiores de prosperidad, lo cual se traduciría en mayor libertad y justicia.

Del lado científico el aspecto más notable del proyecto moderno fue aquella peripecia de conquista y dominio de la naturaleza que comenzó en la ciencia renacentista con el método experimental (el *provando e riprovando* de Galileo). Además, tanto desde lo filosófico-político como desde lo científico este proyecto siempre ha sido asociado con orden, razón, método, certitud, armonía, humanismo, verdades absolutas, esencialismo; su marco lo aportan las relaciones sociales de una Europa cristiana-protestante y capitalista. Luego, las características de la modernidad se pueden resumir en la habilidad para coordinar las acciones humanas en escala masiva, en la autoridad de la ciencia (que es su principal discurso legitimatorio) para permitir el crecimiento del conocimiento acumulado, y en la prevalencia de un clima mental de racionalidad instrumental que permite la invención, el diseño, el cálculo, la manipulación, la previsión, la construcción de relaciones y representaciones sociales.

Con estas características la modernidad logra la ruptura de los sistemas clásicos de representación (en general formados por sistemas horizontales de relación) y la instauración de otros con mayor espesor cultural y social¹. Sin embargo, el de la modernidad no es simplemente un concepto temporal sino una formación de distintos discursos extendidos hacia distintos objetos que se entrelazan, se cortan, se oponen y superponen, desplazándose rápidamente pero que en realidad coinciden en ciertos momentos privilegiados. Por un lado está la mera actualidad, la condición y el hecho

¹ M. Foucault, *The Archaeology of Knowledge*, Tavistock, Londres, 1972, especial., capítulo 8.

de ser moderno, que se desplaza constantemente siguiendo el ritmo de lo temporal². Por otro lado, se encuentra el aspecto cualitativo del concepto que también cambia en la medida en que se adquieren nuevos contenidos --en los dominios más variados-- y en relación con la evolución de distintas sociedades; siendo la europea el punto de partida. Esta modernidad en el sentido cualitativo del término es la que interesa a los fines del presente artículo. ¿En qué consiste? En el conocimiento cada vez más profundo y detallado de la naturaleza, del hombre, de la sociedad y la cultura que le albergan; participar en el proyecto de la modernidad es hacer posible lo que antes no era moderno, acrecentando de este modo la libertad del hombre (y de la comunidad de los hombres) y su capacidad real de intervenir conscientemente (para bien o para mal) en su mundo.

En este sentido cualitativo se resume el rostro luminoso de la modernidad, su fuerza motriz, sus condiciones de posibilidad. En el manifiesto clásico del ideal moderno de libertad de pensamiento y expresión, Kant hecha las bases sobre las cuales el progreso político e intelectual puede ser efectuado³. El marco no podría ser otro que el de la filosofía de la Ilustración que significaba liberación del hombre de la tutela que él mismo se había impuesto. Tutela que, de por sí, implicaba “inhabilidad del hombre para hacer uso de su entendimiento sin la dirección de otros”. El *motto* sería, en consecuencia, atreverse a ser moderno, a ser juicioso: “tener el coraje de usar su propia razón” (462). Este texto canónico de la modernidad creó las condiciones para construir un doble discurso: la crítica consecuente del pasado y la búsqueda experimental, a tientas, de nuevas posibilidades que puedan enriquecer o cancelar el acervo acumulado por la tradición. Uno de los filos del discurso es el de la autonomía --individual y social. En tanto germen, ésta emerge cuando explícitas e ilimitadas interrogaciones surgen en la escena como portadoras de significaciones sociales y de sus posibles fundamentos. La autonomía genera las condiciones para el momento de la creación de un nuevo tipo de sociedad y de individuo. Y cuando hablo de germen estoy pensando intencionalmente en la autonomía como un componente del proyecto de la modernidad, entendido en el sentido kantiano, de formación de sujetos en conformidad con una “ley de la razón” y con el re-conocimiento de unas condiciones socio-históricas.

La gramática de la “autonomía cultural de América”

En el caso americano encontramos a Andrés Bello entre aquellos intelectuales donde se hace notable una *voluntad racionalizadora*, además de la insistencia por institucionalizar un discurso cuyos principales enunciados postulaban la carencia de racionalización americana. De allí que el lugar de enunciación de Bello (autoridad en función de la organización de la vida pública, discursos institucionalizados sea a través de la Universidad que él mismo fundó, o sea en las altas esferas ejecutivas o legislativas) contribuya a proyectar su pensamiento y obra como un paradigma de una modernidad posible y deseada. Como lo señala Julio Ramos: su proyecto de

² “*Il faut être absolument moderne*”, sugería Rimbaud (1854-91) en *Une saison en enfer* (1873). La fuerza ética, imperativa, de esa necesidad de ser absolutamente moderno adquiere el carácter de una búsqueda: de aquel verbo accesible a todos los sentidos, resumen de todo, perfumes, colores, sonidos.

³ “What is Enlightenment?” (30 de septiembre, 1784), en Lewis White Beck (ed.), *Kant Selections*, Macmillan, Londres, 1988, pp. 462-467.

institucionalizar el saber americano condensa, al mismo tiempo que se adelanta a, muchos de los objetivos de los intelectuales del fin del siglo⁴.

Y dentro de esta institucionalización del saber americano debemos incluir su contribución a la escritura de la modernidad desde América, lo cual logró mediante el robustecimiento de la teoría particular y la gramática del habla del hombre americano. No poca sería la utilidad de la “*Gramática de la lengua castellana destinada al uso de americanos*”⁵ --como lo señala el epígrafe que abre este ensayo-- para iniciar esta impostergable escritura. Era necesario sacar de la lengua hablada allende el Atlántico, tan lejos de Castilla o Aragón, la nomenclatura y los cánones gramaticales que fuesen constituyendo los signos de su pensamiento. Porque “no debemos, pues --amonestaba el Maestro-- trasladar ligeramente las afecciones de las ideas a los accidentes de las palabras” (7). Siendo el lenguaje convencional y arbitrario, era inadecuado obviar la construcción de un conjunto de reglas que no permitieran el extravío a la hora de expresar las creencias, los caprichos de la imaginación o las múltiples asociaciones que van manifestando lo que pasa en el alma. Pero, además, una *Gramática* como la propuesta por Bello permitiría uniformizar el habla y la escritura, eliminando “estorbos” a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la administración del Estado, a la unidad nacional⁶. En este sentido, la construcción de toda gramática crea la posibilidad de un discurso universal, y este es precisamente el discurso de la modernidad hispanoamericana, de la “razón segunda” (Briceño Guerrero). De allí su motivación básica: “No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América” (10).

Con estas motivaciones puestas por delante el desarrollo de las letras americanas no era independiente del orden general del saber decir (tan criticado por Sarmiento), servían también de modelo de la modernidad deseada. De allí, entonces, la carga política que éstas muestran a lo largo del siglo XIX. Tal como lo señala Julio Ramos: “... escribir era una actividad política, estatal: cristalizaba el intento de producir un modelo --en la misma disposición generalizadora del discurso-- para la creación de una ley capaz de supeditar la ‘arbitrariedad’ de los intereses particulares bajo el proyecto de la *res pública*” (op. cit., p 38).

El enunciado que hemos tomado de eslabón entre la institucionalización del saber americano y la escritura de la modernidad es aquel de la “autonomía cultural de América”. En las páginas que siguen exploraremos el discurso de la preparación de esta autonomía cultural tal como fue enunciado, en su primer momento, por Andrés Bello y otros conspicuos americanistas (García del Río, Luis López Méndez, Agustín Gutiérrez Moreno y Pedro Creutzer) en los días de la *Biblioteca Americana* (1823) y del *Repertorio Americano* (1826); es decir, una vez disueltos los lazos políticos con el

⁴ *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, F.C.E., México, 1989, pp. 36-37. Ver especialmente el capítulo “Saber decir: Lengua y política en Andrés Bello”, pp. 35-49.

⁵ Este era el título completo de su famosa *Gramática* (1853). Hemos utilizado la versión editada por La Casa de Bello (con notas e índices de Rufino José Cuervo), Caracas, 1995.

⁶ Además, tal como lo explica Foucault, la gramática es también reflexión sobre el lenguaje. Su función es permitir hablar como se debe y como lo prescribe la marcha del espíritu: “es parte, por lo tanto, de la naturaleza misma de la gramática el ser prescriptiva, no porque quiera imponer las normas de un lenguaje bello, fiel a las reglas del gusto, sino porque refiere la posibilidad radical de hablar al sistema ordenador de la representación”, *The Order of Things. An Archaeology of the Human Sciences*, Routledge, London, 1991 (1era edic. francesa 1966, 1era edic. inglesa, 1970), p. 87.

orden colonial. Luego de problematizar adicionalmente el tema, en la primera parte del artículo se hará un breve bosquejo de la expresión americana que ya desde los últimos días coloniales anuncia la búsqueda de la modernidad, para luego pasar a considerar, en una segunda parte, las primeras expresiones de la que se creía para ese entonces una independiente “civilización americana”.

Nuestro argumento se desarrollará en dos niveles: 1- El del contexto: donde se resaltaré la dificultad que implica hablar de modernidad en relación a (Hispano) América, desde el punto de vista de su autonomía cultural, por la estrecha simbiosis que existe con Europa. La cultura de ésta servía de horizonte a aquélla, dándole sombra, fungíéndole de cielo como para permitir la emergencia de condiciones que permitiesen el momento de la creación autónoma así se fuese independientes políticamente; o, puesto en el sentido de Kant, para permitir liberar a la comunidad del hombre americano de la tutela impuesta por Europa. Desde los primeros días coloniales todo comenzó a prepararse para que América fuese una continuación de Europa. No se trataba de crear nueva cultura allende el gran océano, sino de desplazar la europea. El resultado han sido aquellos tres largos siglos de una vivencia que se llama historia colonial; o de aquellos otros casi dos siglos de relaciones históricas post-coloniales. 2- El del texto: donde se mostrarán dos cosas. A- La lógica inherente al discurso de la autonomía cultural. No se trataba de adoptar una concepción mimética, tampoco una creación original, sino de aprovechar con ventaja las creaciones “de los pueblos modernos más civilizados”, ilustrados por la ciencia, las letras y por una larga experiencia histórica. B- La (im)posibilidad, a pesar de la significación de este discurso, para formar cultura y sujetos americanos en conformidad con la ley de la razón. Sin llegar a ser autónomos en el uso del entendimiento, sin la dirección del “otro”, mal podría pensarse en el éxito del *motto* iluminista del uso de la propia razón. Acaso en América modernidad significó, más bien, durante casi todo el siglo XIX vivir con la menor carga de pasado colonial.

La política de la emancipación americana

El proyecto europeo de la modernidad alimentó, sin duda, los movimientos emancipadores americanos, pero sus principios, a su vez, se modificaban en América de acuerdo con los contextos específicos, las apetencias humanas y carencias institucionales de entonces. Si se piensa la independencia política como producto de la modernidad, el intento diferenciador con Europa se hace, en consecuencia, confuso y paradójico en la medida en que generó falsas actitudes psíquicas. Tanto el discurso de los libertadores (Viscardo, Miranda, Bolívar, San Martín, O’Higgins, Morelos) como las aspiraciones de las élites ascendentes son modernas. La fascinación de estas últimas con todas las expresiones de la modernidad europea --e.g., la ciencia, la industria, la organización republicana del poder político, la libertad, etc.-- es en sí misma elocuente de un proceso de mimesis extraviado con máscara diferenciadora. La condición de la América independiente consiste, en las provocadoras palabras de Briceño Guerrero, en ser receptora e imitadora de todas las corrientes y expresiones de la modernidad europea: “su-ser-nueva-y-otra consiste en dejar de ser nueva y otra para ser la misma, la mismísima Europa”⁷. ¿Dónde radica, pues, el problema? ¿Acaso se trataba de diferenciarse de las formas políticas europeas, pero continuar imitando sus sistemas de producción y representación? ¿O, acaso, se buscaba la diferencia

⁷ J.M. Briceño Guerrero, “Europa y América en el pensar mantuano” (1979), en el *Laberinto de los tres minotauros*, Monte Avila editores, Caracas, 1994, p. 164.

donde no existía sino identidad?⁸ El “afán europeizante”⁹ de que hablara Pedro Henríquez Ureña (afán de imitar y asimilar lo europeo) permeó la modernidad en América y al mismo tiempo la hizo más compleja. Si no, cómo entender la absorción en la etapa post-independencia de los mitos de la modernidad política --tal como fueron definidos por la Ilustración: la soberanía popular, la igualdad, las visiones del progreso y la libertad. Y sobre todo, cómo entender la asimilación de estos mitos a las nuevas estructuras republicanas, con sus muy *sui generis* resultados: la anarquía política, el caudillismo, la política del “gendarme necesario”.

Lo que en Europa tiene su orden propio, diferenciado y, quizás, excluyente, en América se confunde con otros órdenes y expresiones que hacen perder el rostro original; lo que en aquélla pudo ser equilibrio, autonomía, originalidad, formas culturales precisas, en ésta son des-orden, contradicción, asimilación, fusión de elementos implantados. Al ser inventadas y sometidas por Europa, las sociedades americanas importarán nuevo equilibrio, nueva proporción, nuevo estilo, pero también producirán sistemas de repetición e imitación. El resultado de la fatigosa carrera para ponerse al nivel de Europa no ha sido otro que aquella “consigna de improvisación” a que certeramente se refirió Alfonso Reyes. Si América es nueva por antonomasia, entonces Roberto González Echeverría plantea la pregunta: “¿cómo puede fundarse una modernidad sin historia, sin la densidad de pasado y evolución requerida por la ruptura? El carácter más sobresaliente de la modernidad en Hispanoamérica es la conciencia que ésta tiene de su falsedad”¹⁰. No obstante, según la lógica del pensamiento de Andrés Bello la cuestión no era tanto considerar la ausencia de una densidad de pasado, sino cómo aprovecharse en América de ese mismo pasado exhibido por la civilización occidental. Los términos de la cuestión, tal como fueron expresados por el Maestro en 1829, eran elocuentes: “Nosotros tenemos la fortuna de hallar tan adelantada la obra de la perfección intelectual, que todo está hecho para nuestros goces y para nuestros progresos”¹¹. El mismo pensamiento es reiterado años más tarde, en 1841, al comentar el Proyecto de Código Civil para Chile, en otros términos: “Todos los pueblos que han figurado antes que nosotros en la escena del mundo han trabajado para nosotros”¹². En tales convicciones se asentaba su pensamiento sobre el rumbo que habría de dársele a América una vez alcanzada su emancipación política, las cuales no variarían mucho en relación al discurso de la autonomía cultural. El *motto* de la modernidad en América sería: modernidad entendida no tanto como producto de un pasado, sino como asimilación de las enseñanzas de la civilización que detentaba ese pasado. Prestar, asimilar, apropiarse de luces ajenas permitiría constituir --según Bello: “¡Nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas costumbres [...]!” (1843, p. 17, *infra*).

⁸ O, acaso, las identidades se construirían sobre las bases de la diferencia. Sobre el problema de la construcción de las identidades en América a través del discurso de las diferencias, ver mi “Latin American Discourses of Identity and the Politics of Difference”, *Working Papers*, 13, Centro de Estudios Teóricos, Universidad de Essex, 1996.

⁹ “El descontento y la promesa”, (1926), en *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, 1952, p. 39.

¹⁰ “Modernidad, modernismo y nueva narrativa: El recurso del método”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. XXX, No 2, 1980, p. 157.

¹¹ “Poesías de D.J. Fernández Madrid”, *El Mercurio Chileno*, No 16, 15 de julio 1829, en A. Bello, *Obra literaria*, selecc. y pról., Pedro Grases; cronolog., Oscar Sambrano Urdaneta, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1985, pp. 307-8.

¹² Véase el Prólogo de P. Grases en *ibid.*, p. XLI.

Octavio Paz plantea, por su parte, lo moderno como portador de una doble carga explosiva: “ser negación del pasado y ser afirmación de algo distinto”¹³. Según el intelectual mexicano, las “fuentes” de la modernidad americana se ubican, desde el punto de vista de la poesía, en Inglaterra y Alemania; y políticamente en Francia y los Estados Unidos. A falta de una modernidad que no se tuvo en España sino hasta muy tarde el siglo XIX, añade:

“Nuestra Revolución de Independencia fue la revolución que no tuvieron los españoles --la revolución que intentaron realizar varias veces en el siglo XIX y que fracasó una y otra vez. La nuestra fue un movimiento inspirado en los dos grandes arquetipos políticos de la modernidad: la Revolución francesa y la Revolución de los Estados Unidos. Incluso puede decirse que en esa época hubo tres grandes revoluciones con ideologías análogas: la de los franceses, la de los norteamericanos y las de los hispanoamericanos...” (122)

Pero, si bien estos tres procesos revolucionarios tuvieron un sustrato común, sus resultados fueron muy distintos. Las revoluciones de Francia y EEUU, afirma Paz, “fueron fecundas y crearon nuevas sociedades, mientras que la nuestra inauguró la desolación que ha sido nuestra historia desde el siglo XIX hasta nuestros días. Los principios eran semejantes [...] y al otro día de consumada la Independencia se establecieron en nuestras tierras gobiernos republicanos. Sin embargo, el movimiento fracasó: no cambió nuestras sociedades ni nos liberó de nuestros libertadores” (123). De manera que si en Europa la modernidad fue el proyecto de la razón, de la autonomía, de la libertad, del progreso político, del nacimiento de una nueva sociedad, en América las cosas no parecieron ocurrir de la misma manera. En lugar de ser la modernidad “sinónimo de crítica” e identificada con el cambio --tal como argumenta Paz-- se caracterizó más bien por su fragilidad y ambigüedad. Los resultados se harán visibles a lo largo del siglo XIX: “cambios y espíritu de cambio que conllevan a veces sorprendentes arcaísmos”.¹⁴

“La tradición de las ausencias posibles”

Más allá de la gramática que aleccionaba sobre la preparación de la autonomía cultural, el horizonte de posibilidades y expectativas reales introducido por la modernidad americana ha sido más bien frustrante. Modernidad no ha sido sinónimo de constante renovación y creación, del *pensar por sí* de Bello, más bien podría hablarse de improvisación, imitación, promesas y descontentos. Toda esta carencia sustituyó el optimismo originario por la angustia existencial. Esta la encontramos expresada con gran fuerza, por ejemplo, en algunos versos de Darío. En “Lo fatal” (1905) el gran poeta escribe entre confuso y vacilante:

“Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
[...] y sufrir por la vida y por la sombra y por
lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,

¹³ *Los hijos del limo*, Seix Barral, Barcelona, 1974, p. 18.

¹⁴ González Echeverría, *ibid.*, p. 158.

y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
!y no saber adónde vamos, ni de dónde venimos [...]!”¹⁵

En la escritura modernista de estos versos, se representa el atolladero del hombre americano quien, a casi cien años de construcción de su su vida nacional, independiente, aún se encuentra a sí mismo escindido y agónico. Darío expresa aquel sentimiento desarraigado de la existencia que caracterizaría a sus congéneres americanos. Hay en el poema una sucesión de imágenes (“sin rumbo cierto”, “el temor de haber sido”, “un futuro terror”, “lo que no conocemos y apenas sospechamos”, “no saber adonde vamos, ni de donde venimos”) que se constituyen a través de la escritura en las fuerzas directrices de una sociedad que comienza a implementar vertiginosamente una cierta visión de la realidad mediante un proceso de interiorizaciones subjetivas.

En el sentido de la problemática que he esbozado, acentuada por la fatalidad del poeta, la modernidad aparece como proceso y fenómeno cualitativo al que subyacen palabras, acciones, sentimientos, valoraciones, representaciones; es decir, aparece como un discurso o una síntesis de discursos. La modernidad de cada sociedad americana es un paso adelante en la formación de sus formas históricas. Su proyecto se ha propuesto, desde sus días iniciales, sin lograrlo, acrecentar la libertad humana a través del conocimiento y de la intervención consciente en el mundo. Los rápidos y violentos cambios en todos los órdenes de la vida americana, desde la(s) Independencia(s)¹⁶, han venido acompañados, en consecuencia, por una sensación de desarraigo y de alienación constituidos como rasgos definitorios de su modernidad. Los traumas producidos son, como la cara oculta de la luna, el reverso de la modernidad. Su constante actitud anímica ha sido “la angustia existencial ante el mundo desquiciado”¹⁷. La palabra que conduce a ella es casi inenunciable por la codificación excesiva de una escritura invadida, borrada en el momento mismo de su trazo, signo ciego de una repetición. Vallejo afina su quena para confesar: “Quiero escribir, pero me sale espuma”. Los grandes hechos americanos se crean por el espejo de la imagen (imagen y semejanza de Europa) sin lograr construir el retablo donde posará el acto naciente. Primero el acto, después el acta. Claro. Pero luego, viciosas brumas envuelven los sortilegios del acta. Un círculo vicioso se cierne sobre los caminos de la modernidad de América. Desde que Colón afinca su quilla en tierra firme e incógnita, tanto América se hispaniza como se americaniza el europeo. El grito de Colón anunciando Tierra Firme fue escuchado muy atentamente en la Europa de entonces. La aparición del *Mundus Novus* inquietó a los europeos, pues se les ofrecía una realidad hasta entonces desconocida de los antiguos y sólo sospechada y soñada por poetas y filósofos. Se formó, entonces, una herencia común de la idea europea de América. Y sobre sus trazos habría de aparecer el rostro de la modernidad allende el Océano. No en vano el término Nuevo Mundo refería principalmente una situación de relaciones coloniales, ésto era lo verdaderamente nuevo, en lugar de nombrar un “nuevo” continente.

¹⁵ R. Darío, “Cantos de vida y esperanza” en *Poesías completas*, edic., introducc. y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Aumentada con nuevas poesías y otras adiciones por Antonio Oliver Belmas, Aguilar, Madrid, 1951, p. 688.

¹⁶ Acordamos con la tesis de Octavio Paz quien no ve la revolución de independencia americana como un fenómeno unitario: “En realidad debería emplear el plural, pues fueron varias [las independencias] y no todas tuvieron el mismo sentido...”, op. cit., p. 122.

¹⁷ Emil Volek, *Cuatro claves para la modernidad: Análisis semiótico de textos hispánicos Alexandre, Borges, Carpentier, Cabrera Infante*, Gredos, Madrid, 1984, p. 11.

En *La expresión americana* José Lezama Lima habla de “la tradición de las ausencias posibles”¹⁸ como la gran tradición americana, donde se sitúan los hechos históricos. Esta observación general podría servir de argamasa para darle forma a las imágenes de nuestra modernidad, cuyas fuentes han sido, precisamente, las ausencias, entre la quilla de un orden colonizador y el querer afirmar el acto de la escritura con espuma: “[...] el americano no recibe una tradición verbal, sino la pone en activo, con desconfianza, con encantamiento, con atractiva puericia. Martí, Darío y Vallejo lanzan su acto naciente verbal, rodeado de ineficacia y de palabras muertas” (75-76). Así las cosas, quizás en la quena de Vallejo, nostálgica e imposibilitada, y en la quilla de Colón, llena de presagios y adivinaciones, se oculten los extremos y, por qué no también, las claves de nuestra modernidad.¹⁹

II.- Los últimos días coloniales o el anuncio de la modernidad

Desde el punto de vista político, las condiciones que posibilitarían la elevación de los países hispanoamericanos (el caso de Brasil es distinto) al rango de naciones independientes se produjeron luego de 1810. Culturalmente hablando no se trata de desconocer la herencia colonial que fue de primera importancia para la formación de un “espíritu americano”, pero habría que señalar que éste carecía aún de la conciencia histórica y de las peculiaridades que le imprimieron las revoluciones de independencia. Antes de 1810 la política y la cultura americanas fueron, sobre todo, una expresión del imperio español allende el océano. Pero una vez conseguida la separación política de España, y en consecuencia de Europa, la tendencia discursiva fue hacia el desarrollo de una conciencia de diferenciación. Este ser expresión del imperio español constituyó las raíces de una identidad colonial americana. Definamos de que se trata.

Hoy día es posible hablar de la noción de una “identidad colonial” en América. La discusión en torno a esto reemplaza la visión tradicional que hace énfasis en la era independentista como período formativo de una identidad y una conciencia americanas. El incipiente “sentido de identidad colonial” se constituiría en torno a cinco puntos: 1- Sentido del lugar; 2- Identificación de objetivos; 3- Insistencia en patrones; 4- Sentido de historia; 5- Pérdida de identificación con el Imperio²⁰. A la luz de estos elementos exploremos algunas expresiones coloniales que irían preparando, dentro del área de atención de este artículo, las condiciones para una “autonomía cultural de América”. Algunos de sus artífices, un poco rebeldes, fueron anunciando, quizás *sans le savoir*, los caminos de la modernidad americana.

¹⁸ Arca Editorial, Montevideo, 1969 (1957), p. 73.

¹⁹ La metáfora de la quena y la quilla ha sido afortunadamente utilizada por Octavio Armand en su provocador artículo “América como *mundus minimus*”, *Hispania*, vol. 75, No 4, octubre, 1992, p. 835.

²⁰ Véase la edición pionera, que incluye análisis muy coherentemente argumentados y fundamentados por la investigación histórica, de N. Canny y A. Pagden (eds.), *Colonial Identity in the Atlantic World, 1500-1800*, Princeton University Press, 1987. En el mismo sentido, en un erudito y monumental trabajo, el historiador inglés David Brading se propuso demostrar cómo a lo largo de los tres siglos coloniales los Españoles Americanos lograron crear una tradición intelectual que permitió articular los distintos elementos de una identidad americana, *The First America. The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State 1492-1867*, C.U.P., Cambridge, 1991, pp. 5-6.

En numerosas páginas de la literatura colonial comenzaba ya a perfilarse y expresarse con coherencia una expresión americana; se preparaban los primeros trazos de una nueva conciencia histórica generadora de articulaciones entre la política y la cultura. Al americanismo, tal como se expresa en su planos político y cultural, reconocible a través de los textos, siempre le ha distinguido la necesidad de proponer nuevas lógicas y nuevas significaciones a la expresión del hombre americano que permitan, de alguna manera, resolver los dilemas de su entidad cultural frente a la cultura europea: la transformación de Europa en América, los dilemas del rol político americano frente a los discursos europeo segundo y cristiano-hispánico²¹ que desde las Metrópolis gobiernan --consciente o inconscientemente-- su pensamiento. Las modalidades se articulan con bastante claridad en la práctica social de la literatura y la política. La preparación de la modernidad en América puede ser pensada, al menos, de dos maneras: 1- Como un apego creciente a la naturaleza y a la realidad social de ese Nuevo Mundo, por parte del hombre americano, cada quien fundamentando su propia localidad y sentido de lo nacional; 2- Como el inicio de un amplio sentimiento continental de pertenencia e identificación, de defensa de este hombre americano, y al mismo tiempo de independencia y diferenciación con las Metrópolis.

Los tonos y las gamas de este americanismo serán ascendentes en algunos de los escritos de los últimos cincuenta años del siglo XVIII. Sin embargo, conviene precisar que si bien durante este tiempo pueden rastrearse manifestaciones indirectas y sutiles del americanismo, su sentido no será minuciosamente elaborado y menos aún definido abiertamente mediante declaraciones que pretendan ya, desde tan temprano, una independencia cultural. Los escritores de esta época produjeron, para expresar y fundamentar su naciente conciencia americana, una abundante literatura descriptiva y crítica inspirada en América; en la que se funden una sutil propaganda contra el español y la curiosidad científica que la razón segunda comenzaba a exhibir en la época. El americanismo anda de manera oculta y fragmentaria en casi todos las capitales de América; salta de las contadas publicaciones de la época ("*Gaceta de México*", 1728, o periódicos de calidad tan singular como "*El Mercurio Peruano*"²²) a las tertulias conspirativas donde el criollo se entrega al placer de la más erudita, estética y casi insurgente conversación.

Las tempranas expresiones de la formación de una conciencia (el reflejo de la naturaleza, la sátira de carácter social, la exaltación de la figura del criollo y del mestizo) van modelando una lógica y un sentido que colocan al discurso americanista por los caminos de la modernidad, cuya expresión más elaborada en términos de un proyecto de civilización sólo se hará visible más tarde. También son expresión de esta conciencia en germinación aquellas traducciones interesadamente políticas de las

²¹ Estos son, según Briceño Guerrero, dos de los discursos de fondo del pensamiento americano. El europeo segundo --discurso por excelencia de la modernidad-- fue estimulado por el auge teórico de la filosofía de la Ilustración, del pensamiento racional y de la ciencia moderna; por su parte, el cristiano hispánico, o discurso de la Europa primera, se afirmó en lo espiritual por los valores divinos de la religión cristiana, y en lo material por el sistema de jerarquías y privilegios engendrados por los "mantuanos" a lo largo de la vida colonial, ver op. cit., pp. 83-107.

²² Esta publicación de la última década del siglo XVIII (el tomo I está fechado en 1790) fue el órgano de expresión de un importante movimiento, más filosófico que literario, donde ya aparecían los primeros intentos de renovación intelectual pre-independientistas. La llamada "generación del Mercurio" hacía eco de las ideas de Voltaire y la Enciclopedia. Ver José de la Riva-Agüero, *Estudios de literatura peruana. Carácter de la literatura del Perú independiente*, 1905, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1962, pp. 77-78.

obras más notables del discurso europeo segundo, textos canónicos de la modernidad. A la traducción del *Contrato Social*, del argentino Mariano Moreno (1778-1811), realizada poco después de la instalación de la Junta de Gobierno que él mismo inspirara, puede añadirse la del colombiano Antonio Nariño (1765-1823) quien tradujo al español la “*Dèclaration des droits de l’homme et du citoyen*” de 1784, la hizo imprimir secretamente (1794) en su propia imprenta manual, distribuyéndola luego hasta las más remotas ciudades del Virreinato de la Nueva Granada. En fin, son abundantes los ejemplos de expresión americana en las postrimerías de la colonia, llenos de matices locales y de peligrosas incógnitas, manifiestan una conciencia en el criollo ilustrado de su valor creciente y de la unidad de una América que comienza a exigir, aunque hija de España, su propia especificidad cultural.

Otra expresión labrada por la razón segunda contribuiría a que América encontrase y transitase los caminos de la modernidad. Se trata de : los relatos de los viajeros y naturalistas europeos. Veámoslos.

La reinención de América

Los inventarios realizados bajo el influjo de la curiosidad científica de la Europa segunda sobre la geografía y la naturaleza americana arrojaron una “nueva luz de América”, al mismo tiempo que serían “primicia” entusiasta de cultura y forja de nuevos caminos. Pero también los testimonios recogidos sucesivamente por europeos fueron modelando las imágenes que Europa se haría de América. Una vez convertida en realidad geográfica e histórica, América no había dejado descansar la mente de la Europa segunda. Desde el *Orinoco Ilustrado* (1741) del Jesuita José Gumilla --obra pionera en cuanto al estudio de la flora y la fauna, el clima y la etnografía de la región guayanesa-- hasta los días de Depons (1806-1825), de Dauxion-Lavaysse o de Humboldt y Bompland, pasando por la descripción de los viajes de La Condamine (1735-1745) y Bougainville (1768), todos contribuyeron a esculpir una visión de la vida americana no sólo desde la geografía o la naturaleza sino también desde la sociología, la política y la economía de aquellas sociedades remotas. La Europa segunda hacía, a través de la abundante literatura de viajes, un inventario de la mayor importancia para comprender y expresar mejor a América. Sus resultados sedujeron al hombre americano porque descubrían buena parte de sus condiciones sociales y naturales a través de las renovadas visiones de la razón segunda. Del lado europeo la estructura discursiva de la historia natural tiene un gran impacto sobre la construcción de una nueva conciencia planetaria, hábilmente aprovechada por la Europa segunda para sus intenciones de incorporar espacio geo-gráfico y etno-gráfico no occidental al espacio cultural suyo. En este punto hay algo más que debemos examinar.

En una mezcla de deseos de la razón segunda de describir el “gran libro de la naturaleza” del Nuevo Mundo y de conveniencias comerciales y políticas, aquel enciclopedismo naturalista contribuyó a enseñar al hombre americano a conocerse y a conocer su mundo circundante. Esto a nivel de la superficie epidérmica del fenómeno. Pero al descender un tanto más hay que poner en claro que aquella literatura europea de viajes y descripciones, en tanto expresión de la Europa segunda, de la cultura dominante, surtía un efecto sobre la expresión americana que no pudo pasar desapercibido. Una de las actitudes presentes en la literatura europea de viajes a América es la que Germán Carrera Damas ha llamado “actitud humboldtiana ante lo americano”, definida por surgir de la necesidad de la ciencia europea de explicar a

América, pero “sin detenerse a considerar cómo y cuánto podía esta última contribuir a la explicación de sí misma”; obligándole a utilizar el lenguaje “occidental” para hacerse comprensible y, sobre todo, para ser aceptada en el contexto internacional. Una explicación de sí misma sólo podría ocurrir en América sobre la base de observaciones y recuentos cuya validez científica se adquiriría “una vez que fuesen tamizados por la mente científica europea”.²³

El lenguaje de la Europa segunda se expandía, a través de estos viajeros naturalistas, allende las fronteras geográficas del Viejo Mundo, y al explicar a América no hacía otra cosa que incorporar la explicación y su lenguaje a la cultura colonial: utilizar el lenguaje de la razón segunda para hacer comprensible América al propio hombre americano era parte de la misión expansiva de Europa, o visto desde su lado contrario, era parte de la condición de América como expansión de Europa. América se haría ininteligible sólo a través de los términos y el lenguaje de la ciencia europea. En consecuencia, América adopta el discurso europeo segundo (lenguaje, conceptos, sentimientos, valoraciones) no sólo para hacerse comprensible o para ser aceptada en el contexto internacional, como refiere Carrera Damas, sino que son los únicos instrumentos de que dispone para expresarse y explicarse a sí misma. El sistema colonial había dispuesto todo de tal manera que sólo un camino quedaba abierto para la expresión mental y la creatividad cultural americana: Europa. Según hemos sostenido acá, haciéndole el coro a la aproximación de Briceño Guerrero. La colonización de América coincide con el surgimiento y desarrollo de la Europa segunda, pero no es sino desde finales del siglo XVIII cuando el discurso de la razón segunda, animado por sus resultados en el desarrollo de la ciencia y la tecnología, es importado por América comenzando a influir directamente, y en forma nada despreciable, la expresión y la autoconciencia americanas. Briceño Guerrero describe la proporción de esta influencia, la proporción de la presencia de Europa en América, en términos que leídos con prejuicio podrían producir una convulsión estética: “la constituye, la cubre, le hace sombra, no la deja ver el cielo, pues le funge de cielo” (164)²⁴. Y serán en buena medida estos naturalistas y viajeros unos de sus agentes comerciales y literarios. Desde ese entonces este discurso es uno de los que gobiernan el pensamiento americano y, en consecuencia, su expresión.²⁵

²³ “Por una visión cultural no occidentalizada de América Latina”, 1982, incluido en G. Carrera Damas, *El Dominador Cautivo. Ensayos sobre la configuración cultural del criollo venezolano*, Grijalbo, Caracas, 1988, p. 148; véase una discusión al respecto en F. Ainsa, *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Gredos, Madrid, 1986, p. 47.

²⁴ Pero la convulsión desaparece, y por lo tanto el prejuicio, al percatarse de que acaso el secreto único de la perfección cultural esté en atenerse a esa línea ideal que sigue desde sus remotos orígenes la cultura de Occidente: Grecia, Roma, la Edad Media, el Renacimiento, la hegemonía de Francia durante los siglos XVIII y XIX... Cada cultura precedente da la norma a la siguiente, y así en un *continuum* proceso de asimilación y transformación. Por ahora la norma de América, su cielo, es Europa, y esta es la recta línea por donde debe transitar la cultura americana asimilando y amasando los materiales heredados e incluso aquellos impuestos, retocando y perfeccionando el trabajo ajeno. Sólo a esa fuente se ha de ir: “a la que ensancha y revela, a la que saca de la corteza ensangrentada el almendro sano y jugoso, a la que robustece y levanta el corazón de América” (José Martí), cit. en Henríquez Ureña, “El descontento y la promesa”, op. cit., p. 39.

²⁵ La influencia de Humboldt se hace, por ejemplo notable, en la “Biblioteca Americana” editada por una “Sociedad de Americanos” en Londres (1823). En la sección denominada “Ciencias matemáticas y físicas, con sus aplicaciones”, se reproducen descripciones de la naturaleza americana hechas por Humboldt y Bonpland al igual que se observa un mismo patrón taxonómico.

Incluso empedernidos americanistas, al estilo del peruano Luis Alberto Sánchez, al sostener que la expresión literaria de América se inicia propiamente con la “*Oda al Paraná*” (1801) del argentino Manuel José de Labardén (1754-1811), compara esta composición con la segunda de las *Silvas* de Andrés Bello tanto por “su vuelo poético” como por su “sabiduría e incitación geográficas”²⁶. Este surgimiento inaugural estaría relacionado --según Sánchez-- con el despertar de una conciencia americana en la segunda mitad del siglo XVIII bajo el influjo del interés científico mostrado por los naturalistas europeos que visitaron el Continente: “cuya lección sería admirablemente aprovechada por la generación criolla que intervendría, luego, en el proceso de la emancipación política [...]” (94). En su interpretación, Sánchez sólo ve una cara del asunto. El ejemplo dado por los científicos europeos que “despertó un afán de investigación” en tierras americanas: “Resonancia del paso de los sabios extranjeros había sido la aparición de la ciencia americana” (98). Pero la otra cara del asunto aún quedaba sin develar: cómo el discurso de la ciencia europea pasa a ser uno de los vectores que gobernarán el pensamiento americano en su período post-colonial. Dentro de la misma perspectiva, Picón Salas afirmará: “Para la América colonial aquellos viajes fueron especialmente valiosos no sólo porque precisan mejor el contenido de su geografía, sino porque traen, como reactivo para la nueva mentalidad, métodos y observaciones que enseñan al criollo a conocerse y a conocer su mundo circundante”²⁷.

Uno de los horizontes que despeja el discurso europeo segundo es el de la posibilidad del cambio social de forma deliberada, planificada por la razón segunda y esto se expresará a través de dos conceptos: modernidad y progreso. Al deslindarse de la escolástica colonial, el hombre americano reemplaza la muy religiosa idea de la “providencia” activa y comienza a creer en el “progreso” y en una abierta y conquistable utopía de “perfectibilidad” tal como se la transmite la Europa segunda durante todo el siglo XIX, primero a través de los ecos de la Ilustración y luego con el Positivismo, pasando por el Socialismo Utópico. En el orden de las ideas esta cultura de la razón segunda ayudó a América a salir de la nebulosidad escolástica, afirmó el humanitarismo, la libertad, el aprendizaje siempre incompleto de la razón científica y los estudios de la naturaleza, de la historia y de la sociedad. En el orden literario, se introdujeron en el lenguaje virtudes de calidad, orden, equilibrio y universalidad. El llamado “Neoclasicismo”, por ejemplo, fue el rostro literario de la Ilustración Americana pero no en cuanto a estimular una cierta resistencia cultural contra la europeización, sino mediante la expresión de América según el esquema mental de Europa. El origen etimológico del mismo término no pretenderíamos fue producto de las culturas precolombinas. De manera que en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, se anuncian los más fructíferos cambios en el pensamiento y la expresión de esas tierras meridionales que los naturalistas de la Europa segunda suponían inagotablemente ricas. Uno de estos frutos se refería al complejo proceso de asimilación y adecuación de los códigos ideológicos de Europa. El discurso europeo segundo había aportado a América, por la vía de las ideas, los instrumentos de su propia emancipación política, los cuales fueron adoptados y adaptados a sus propias circunstancias histórico-culturales. Pero vistas las cosas desde el otro lado, habría que señalar también que los inventarios de estos naturalistas informaron a Europa para que América pudiese ser incorporada a sus esquemas filosóficos e históricos.

²⁶ *Nueva historia de la literatura americana*, editorial Américal, Buenos Aires, 1944, p. 101.

²⁷ *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, F.C.E., México, 1944, p. 208.

El caso más ilustrativo es el de Hegel al exponer entre 1830 y 1831, en su cátedra de la Universidad de Berlín, su “Filosofía de la historia”. Su famosa afirmación: “América es el país del futuro, en cuyos tiempos, por venir, se revelará su importancia histórico-universal quizás en la lucha entre Norte y Suramérica”, confiere a América el carácter de un llegar-a-ser, pero no-ser-todavía. La verdad o no que encierra esta afirmación no merece ya discusión; importante es el resultado, el sentido dinámico que se le da a la historia americana. Y esto equivale a ponerla a transitar por los caminos de la modernidad. América como país del futuro es una expresión que tiene función descubridora de una realidad que todavía podría vivir como invención, utopía o hipótesis, pero que siendo futuro al fin y al cabo su existencia quedaría justificada. Este futuro imaginado por uno de los pensadores estelares de la modernidad cancelaba, en consecuencia, aquel saldo histórico que tanto había pesado: la incorporación de América a la Historia Universal. Y esto significaba su incorporación, por demás tardía, al gran “banquete de la civilización” de que hablara en fina prosa Alfonso Reyes.

En un intento por teorizar sobre los fundamentos y el carácter de la narrativa hispanoamericana, Roberto González Echeverría postula que ésta se ha elaborado en el contexto de “tres fábulas maestras o fábulas de origen” en constante tensión con los discursos hegemónicos de la Europa segunda, cuyo poder y significado lo han determinado las relaciones político-sociales de cada época histórica. Los tres discursos son: el del derecho durante el período colonial, el de los viajeros científicos durante los siglos XVIII y XIX, y el de la antropología en el siglo XX. Ellos permiten el conocimiento o el acceso al conocimiento a través del prisma de Europa, lo cual siempre se resuelve en relato, en anécdota, en fabulación; esto es, en literatura, en narrativa. De esta manera, González Echeverría sitúa las fuentes fundacionales de la literatura hispanoamericana fuera de la mera ficción o de la narrativa generica para articularlas a sus diferentes etapas históricas y en su relación con Europa. Dentro de esto, el lugar del discurso de la ciencia tal como fue establecido por los viajeros científicos tiene la mayor importancia.²⁸

La independencia precipitó la penetración de Europa. La idea de la Europa segunda se diferenció marcadamente de la idea de España. Esta se convirtió en el pasado, mientras que aquella --reducida en términos prácticos a Francia e Inglaterra-- fue el presente y el futuro. Superada la dominación del tradicionalismo conservador español, Europa representaba la libertad de conciencia, el pensamiento racional, la ciencia moderna, el desarrollo técnico, la libertad de comercio. La adopción de su lenguaje y de sus códigos se arraigó, en consecuencia, entre las élites criollas dirigentes, políticas o culturales. Luego América se deshispaniza para europeizarse mejor, y esto con visos de afanosa carrera.

De uno a otro sitio del Continente retumban las mismas palabras y utopías del lenguaje de la razón segunda, de una a otra capital americana se abrían los sutiles caminos para definir y expresar una deseada “autonomía cultural americana”, sobre la que tanto se declamó a lo largo del siglo XIX. América parecía haber llegado a un grado de madurez suficiente que posibilitaba desarrollar esta autonomía, al menos se tenía edad como para intentarlo. De nuevo, hombres como el ecuatoriano Espejo

²⁸ R. González Echeverría, *Myth and Archive. A Theory of Latin American Narrative*, C.U.P., Cambridge, 1990, pp. 1-42 (cita p. 40).

apuntaban con tono lírico la revisión crítica del estado mental que había legado la colonia:

“[...]!qué ignominia será la vuestra, si conocida la enfermedad dejáis que a su rigor pierda las fuerzas, se enerve y perezca la triste patria[...]No desmayeis[...]Cuando se trata de una sociedad, no ha de haber diferencia entre el europeo y el español americano[...]Un Dios que de una masa formó nuestra naturaleza nos ostenta su unidad, y la establece[...]”²⁹

Tres siglos de vida hispánica aparecían en la mente de los más preclaros espíritus americanos como el cimiento común sobre donde se erigiría esa unidad ostentada por “Dios”, no como utopía sino como proyecto evidentemente alcanzable. La unidad de su historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, la unidad de lenguaje y de otros códigos culturales, hacían perfectible un proyecto semejante para América y de allí la insistencia. Pero las cosas no eran tan fáciles ni tan claras y detrás de la ilusión de unidad que crean las palabras (sobre todo la ilusión que crea la misma palabra “unidad”), comenzaba a gestarse un tormentoso proceso. En uno de sus momentos de mayor decepción, los cuales fueron numerosos, pensó Bolívar que si a los pueblos les estuviese permitido el regreso al caos, los de América estarían condenados a volver a él: “Veo la guerra civil y los desórdenes volar por todas partes, de un país a otro, mis dioses patrios devorados por el incendio doméstico”³⁰.

Pero esta tendencia se concretará posteriormente y corresponde a la primera crisis de civilización. Si durante estos últimos días coloniales se hacen cada vez más perceptibles, o menos sutiles, aquellas líneas que le van dando forma y fondo, desde los tempranos momentos de la conquista, al proceso de expresión americana, al calor de la liberación política finalizaba toda una etapa de aprendizaje y asimilación, de adopción y adaptación. El discurso de la modernidad tomaría en lo sucesivo la forma de reivindicación de una “autonomía cultural” de América frente a Europa. Poco importa por ahora si esa reivindicación se convertiría después, en alto grado, en cambio de tutela intelectual. Era natural --según lo señala Emilio Carilla³¹-- que como derivación de la independencia política se buscaran hilos más elaborados y complejos de independencia intelectual, al mismo tiempo que surgía un afán por encontrar el verdadero rostro de la “expresión americana”. Pero, sobre todo, surgía el deseo de mostrar que también estas tierras eran aptas para ser visitadas por las musas. Veamos a continuación los términos en que se proponía la consolidación de la civilización americana

²⁹ Texto en E. Anderson Imbert y E. Florit (eds.), *Literatura hispanoamericana. Antología e introducción histórica*, New York, 1960, p. 158.

³⁰ Carta a Santander, fechada en Lima, 6.1.1825, en *Doctrina del Libertador*, pról. A. Mijares, comp., notas y cronol. M. Pérez Vila, Biblioteca Ayacucho, 2a edición, Caracas, 1979 (1976), p. 182.

³¹ *Hispanoamérica y su expresión literaria. Caminos del americanismo*, Eudeba, B.A., 1969, p 51.

III.- La preparación de la “autonomía cultural de América”

Disueltos los lazos políticos con la Metrópolis la búsqueda de una expresión distintiva no podía más que convertirse en esfuerzo consciente y abierto por parte de aquellos hombres nacidos en suelo americano. Ya los primeros intentos de interpretar y expresar el Nuevo Mundo con pensamientos, con palabras y con obras estaban hechos. Era necesario, entonces, asentar sobre bases firmes y específicas el estado de la cultura americana, aquello que ya se presagiaba con imaginación y se perfilaba con fundamentos en algunos de los escritos de los últimos días coloniales. Surgen los escritores quienes, con la misma tendencia de los libertadores, no pertenecen a una u otra parte del continente; quienes no son ciudadanos de un país determinado porque su idea de América trasciende el mero límite geográfico. La América es vista como una unidad construida sobre rasgos diferenciadores; y así trataron de expresarla. A estos escritores podrán señalársele dos patrias: la propia del nacimiento y América.

En el “Prospecto” de lo que sería la Biblioteca Americana, creada por ilustres americanistas en Londres en 1823, el venezolano Andrés Bello y el colombiano Juan García del Río expresaban este doble sentimiento de pertenencia que se fundía en una sola entidad sentimental. A la noble tarea original y fundadora de crear y difundir cultura americana, sólo la motivaría “el amor de la patria” que era América como entidad única y general: “Tendremos especial cuidado en hacer que desaparezca de esta obra toda predilección a favor de ningún estado o pueblo en particular”. La nueva “Biblioteca” sería eminentemente “Americana” (ver *infra*). Desde los comienzos de su vida independiente, a América se la idealizaba como una máxima e impercedera patria; como una entidad grande y excelsa con sus héroes, sus tribunos, sus guerreros. Desde el Golfo de México hasta los eternos hielos del sur se creía haber formado una “grande patria”. Esta idealización de una supuesta unidad originaria fue descrita por Rodó con palabras altas y nobles, como alto y noble fue su espíritu americano: “Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana”.³²

Esta evocación de una unidad originaria surtió efectos contundentes sobre la interpretación posterior de la historia americana. Casi un siglo más tarde, el cubano Alejo Carpentier escribirá, refiriéndose a los fundadores de la nacionalidad, las siguientes palabras:

“Desde los inicios del siglo XIX se observa en ellos una apremiante necesidad de buscarse unos a otros: de encontrarse: de sentirse latir el pulso de un extremo a otro del continente [...] Nuestros escritores, apenas, tomaron conciencia de sus nacionalidades --es decir de su criollismo y de las violaciones de ese criollismo-- trataron de intercambiar mensajes, de trabar el coloquio, unidos de antemano por una unidad de conceptos esenciales”.³³

³² “Juan Carlos Gómez”, en *Obras Completas*, edic., introd., pról. y notas por E. Rodríguez Monegal, Aguilar, Madrid, 1957, p. 497.

³³ “Literatura y conciencia política en América Latina”, 1961, en *Tientos y Diferencias (Ensayos)*, UNAM, México, 1964, pp. 83-84.

Al descubrir estos rasgos, Pedro Henríquez Ureña concluirá con el maestro uruguayo: “la historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó”. La escritura de la modernidad de estos hacedores de cultura, es precisamente la que interesa a nuestros fines y, sobre todo, situándonos desde la perspectiva de explorar la pregunta siguiente: Luego de la independencia política, ¿cómo se ubica el hombre de letras americano con respecto a Europa?, ¿sus obras serían imitación europea o comenzaría el espejo americano a devolver sus reflejos al Viejo Mundo, comenzaría aquel “retorno de los galeones” según la hermosa metáfora de Max Henríquez Ureña?

Las primeras expresiones “de la civilización americana”

Retomemos el hilo de lo argumentado anteriormente sobre la “actitud humboldtiana” y su influencia en la interpretación y expresión de América. Es bien sabido que en sólo cinco años de permanencia en tierras americanas, Alexander von Humboldt y su compañero Aimé Bonpland recogieron información que permitió escribir y publicar entre 1807 y 1834 unos treinta volúmenes basados en sus exploraciones (su viaje fue aquel mismo 1799, año de la “Carta a los españoles americanos” de Viscardo, y duró hasta 1804). Los más importantes de estos escritos tuvieron doble y significativa influencia:

1- En Europa, permitieron re-inventar discursivamente a América para todos sus países, y no sólo como dominio exclusivo de España, ahora en condiciones de libertad política y en la particular coyuntura de la expansión capitalista europea de comienzos del siglo XIX. El discurso de Humboldt sobre América excedía los limitados patrones de la mera exploración costera. El naturalista alemán había logrado hacer un completo inventario “tierra adentro”, y no sólo en lo relacionado con riquezas naturales, sino también en cuanto a sociedad, política y mentalidad. Aportando, además --en la interpretación de Picón Salas-- “la visión social más clara de la vida hispano-americana en el momento en que se preparaba la guerra de Independencia[...]”³⁴. Sus escritos --complementados por el resto de literatura de viajes, género popular durante todo el siglo XIX-- eran para la imaginación europea materia prima que alimentaría su proyecto expansionista. Y como por si esto fuese poco, el discurso de Humboldt se asentaba sobre bases científicas y esta era la autoridad discursiva fundamental de la Europa segunda. El conocimiento científico, ya lo sabemos, fue el discurso legitimador *par excellence* de la modernidad.

En el proyecto de la ciencia descriptiva, tal como aparece a fines del siglo XVIII en Europa, se advierte claramente que su gran objetivo es “la descripción física del globo”. Luego, a través de obras de taxonomía botánica y zoológica, de la constitución de atlas físicos y de anatomías comparadas, de descripciones demográficas y de bases ecológicas, ya vendrían sus resultados y aplicaciones, es decir, su utilización práctica. El continente americano se hace, entonces, tema de investigación concreta por parte de la razón segunda. Los museos, jardines botánicos y las colecciones de historia natural conservadas y exhibidas en las diferentes capitales de la Europa segunda, no son más que --según la acertada interpretación de Mary Louise Pratt-- “formas simbólicas de apropiación planetaria”³⁵. La cultura generada por la razón segunda se expresa con estas formas. En ellas se contiene parte

³⁴ “Tiempo de Humboldt”, en *Obras Selectas*, Edime, Madrid-Caracas, 1953, p. 847.

³⁵ “Humboldt y la reinención de América”, *Nuevo Texto Crítico*, I, No 1, enero-junio, 1988, p. 39.

de un movimiento que tiende a configurar el desarrollo de Europa en tanto “proceso planetario” más que como el de una simple región del mundo. O, en los términos en que lo pone Briceño Guerrero, [Europa] “tiende a configurar en igual forma todo el espacio del planeta, a la con-versión uni-versal” (164).

2- La segunda significativa influencia echa raíces en América. Allí las élites criollas, algunas de las cuales habían colaborado estrechamente con Humboldt³⁶, hacen suyo el lenguaje y el método de la razón segunda de los que el sabio alemán era expresión pura; en el proceso de búsqueda de su propia legitimación de hombres libres y de la autocomprensión de su nueva condición y posición en el mundo, sienten la necesidad de un proceso de re-inención para lo cual los descubrimientos, las clasificaciones y descripciones de aquella *terra incognita* aportaban la materia prima³⁷. Pero, si este proceso de reinención se hacía con los materiales aportados por la modernidad -- lenguaje, métodos, estructuras discursivas tales como inventarios, descripciones, taxonomías-- el movimiento de la América independiente comenzaba ya a mostrar una órbita exclusivamente ascendente hacia la total identidad --siempre inalcanzable e inacabada-- con la Europa segunda.³⁸

Para los intelectuales criollos independentistas, los escritos de Humboldt facilitaron su búsqueda de “descolonizar”³⁹ la cultura americana sin perder sus vínculos con los valores de la razón segunda. El caso de Andrés Bello es particularmente interesante. Consumada la independencia política, el deseo de independencia intelectual se hace explícito por vez primera en sus escritos. En su calidad de hombre de letras criollo para quien el destino cultural de América le incumbía más que el de sus propios límites geográficos natales, Bello destaca en la complicada búsqueda de abrir nuevos caminos a “la civilización americana”. La fuente de la complicación es doble: por un lado, sus propias bases culturales --al igual que el resto de hombres de letras del continente-- están comprometidas y han sido forjadas con estrictos materiales europeos-urbanos, en contraposición a los “barbarismos” indígenas o al

³⁶ En 1804, Bolívar conoce a Humboldt en París. En 1805, ambos, junto al físico francés Gay-Lussac, ascienden al Vesubio en Italia. La impresión que el naturalista alemán dejó en Bolívar fue impercedera. En su “Delirio sobre el Chimborazo” (1823), refiere: “Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt, seguías audaz, nada me detuvo[...]” El mismo año haciendo alusión, en carta a Gaspar Rodríguez Francia (22 de octubre 1823), tanto a Humboldt como a Bompland señalaba: “cuyo saber ha hecho más bien a la América que todos los conquistadores”. Ver ambos documentos, en G. Carrera Damas (comp.), *Bolívar fundamental*, II, Monte Avila, Caracas, 1993, pp. 106 y 255. Por su parte, Andrés Bello no sólo frecuentó al viajero alemán sino que también le acompañó, en sus días de estudiante caraqueño, en algunas de sus expediciones locales, inspirándose en su proyecto.

³⁷ Con bastante frecuencia se alude a Humboldt como el “redescubridor” y “reinventor” de América. Véase, C. Stoetzer, “Humboldt, redescubridor del Nuevo Mundo”, *Las Americas* (OEA), XI, No 6, 1959; y, además, del artículo de M.L. Pratt cit. su importante obra *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, Routledge, 1992, especialmente pp. 111-197.

³⁸ Una interesante apología de la obra de Humboldt en América, compuesta dentro del contexto señalado, puede leerse en Picón Salas. El agudo intelectual sitúa su escrito no sólo dentro del aporte al inventario geográfico sino que también considera sus aspectos de historia social. El método científico de la razón segunda, tal como fue practicado por el barón alemán, aclaraba su “mundo histórico que el hispano-americano de entonces miraba como algo providencial y azaroso”, *Tiempo de ...*, op. cit, p. 852.

³⁹ Obviamente, este término no formaba parte de la gramática criolla. Lo empleamos acá como sinónimo de las intenciones manifiestas de sus élites: construir un futuro para las nuevas repúblicas que trascendiese las estrechas experiencias de las sociedades europeas. Comenzando, desde luego, por la institución del sistema republicano para lo cual América era tierra fértil, en oposición a las Monarquías europeas que se presentaban como suelo agotado.

provincialismo rural. Pero, por otra parte, siente y percibe la necesidad de una autoafirmación y auto-consciencia americana como forma de descolonizar la cultura de esas tierras y diferenciarse de Europa. A través de esta alteridad lograría América ser nueva y otra. Era necesario, entonces, abandonar ciertos paradigmas europeos; era necesario demarcar nuevos territorios culturales para América, forjar nuevos puntos de partida para configurar un futuro que recién comenzaba y que remodelaría --sobre las bases de la herencia hispánica-- la civilización de aquellos territorios: “Salve, fecunda zona”, es la metáfora que inicia su segunda famosa *Silva*.

Pero, hay más. El verdadero programa americanista de Bello está contenido en la primera *Silva Americana*⁴⁰. Comienza con una fresca invocación a la musa (“Divina poesía”), donde en delicado juego de vocales se van dibujando lejanas imágenes pastoriles, para pasar luego a su gran reclamo: requiere a la Divina Poesía (“maestra de los pueblos y de los reyes”) que abandone la vieja Europa y torne sus alas hacia el nuevo amanecer americano:

“Tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo adonde te abre
el mundo de Colón su grande escena”.

El resto del poema se desarrolla a través de un fino canto a las bondades de la naturaleza, las tierras y gentes americanas, en contraste con “esta región de luz y de miseria” que es la “culta Europa”: “En donde tu ambiciosa,/ Rival filosofía, /Que la virtud a cálculo somete, / De los mortales te ha usurpado el culto”. En donde la libertad se convirtió en “vano delirio” y “la corrupción cultura se apellida”. Si en el Viejo Mundo la filosofía había usurpado la atención de los humanos hacia la eterna e imperecedera musa, en el Nuevo Mundo “la libertad”, mientras tanto, sonaba “más dulce que el imperio”. Bello piensa que se había prestado demasiada atención a Europa, era el momento de honrar a aquellas “jóvenes naciones, que ceñida/ Alzais sobre el atónito occidente/ De tempranos laureles la cabeza”; a aquellas tierras que eran de “La libertad morada”; a aquellos hombres que “Postrar supieron al León de España”⁴¹. Y a estos mismos hombres se les invitaba a concebir una vida frugal y simple asentada sobre actividades agrícolas: “Honrad el campo, honrad la simple vida/ Del labrador, y su frugal llaneza”. Suena bastante irónico, por decir lo mínimo, todo este llamado de Bello a la rustiquez, la simple vida, la frugal llaneza, si se considera que la forma estética utilizada es la menos rústica, simple y frugal. Con Bello estamos en presencia de un estilo eminentemente clásico por su elocuencia y estructura. No sin razón se ha señalado con insistencia la influencia de las

⁴⁰ En la primera entrega del “Repertorio Americano” (Londres, 1826), Bello anuncia la gestación de un poema --nunca acabado-- que pensaba titular América. De éste formaba parte su “Alocución a la poesía”, publicada en la “Biblioteca Americana” (Londres, 1823), y “La Agricultura de la Zona Tórrida” (1826), publicados ambos bajo el rubro general de “*Silvas Americanas*”. Ver el vol. II de las *Obras Completas* de Andrés Bello, Caracas, 1962, donde aparecen los textos completos de sus “Borradores de Poesía”.

⁴¹ Es interesante traer a relación un precedente de este viaje de las musas allende el atlántico. En 1783, el jesuita español Javier Lampillas, en plan de hacer apología de la obra de España en América, afirmaba que de todas las naciones modernas sólo España había logrado que “las musas cruzasen el Océano”. Ver su *Ensayo histórico apologético de la literatura española contra la opinión preocupada de algunos escritores modernos italianos*, Madrid, 1783, III, p. 209, cit., en Carilla, p. 52.

“Geórgicas” de Virgilio en la elaboración de sus Silvas. Acaso sea Bello el más latino de todos los americanos de su tiempo.⁴²

Según argumenta Mary Louise Pratt (49), esta “Alocución” de Bello forma parte de un diálogo transatlántico iniciado por Humboldt y continuado por otros a lo largo de la época de Independencia. En este diálogo varias voces, tanto europeas como americanas, se reúnan para dar forma y rostro a algo que ella misma llama: “la reinención de América”. Pratt deriva este término de la constante alusión que se encuentra en las Silvas de Bello a Cristóbal Colón. Este sería el principal rapsoda de América cuando invocó a Europa su llegada a nuevas tierras. Por supuesto, además de la directa alusión que Bello hace del navegante genovés: “El mundo de Colón [abre] su grande escena”. Lo cierto es que para los intelectuales criollos el momento es de gran importancia, pues genera condiciones que permiten tomar distancia de los códigos europeos y al mismo tiempo permite defender y desarrollar la causa propia de la civilización americana. Bello destaca entre ellos, sin duda alguna. El es fundamentalmente un hombre de letras y un humanista quien siempre se inspiró de las fuentes que Europa ofrecía desde su época clásica, en busca de alternativas para América⁴³. El aroma del suelo nativo y las pacíficas sombras imperiales de la Europa primera, con guías clásicos como Virgilio y Horacio, se mezclan en Bello con el novedoso lenguaje de la razón segunda, tal como aparece en los escritores naturalistas de fines del siglo XVIII en su literatura sobre temas científicos. La temática de la naturaleza y su taxonomía, tal como practicada por Humboldt, es enriquecida en Bello con una misión moral y cívica; o, para ponerlo en una sola palabra, con una misión *civilizadora*. Bello evoca el lenguaje de la modernidad para traerlo al fértil suelo americano. Sobre todo en sus detalladas descripciones de las riquezas naturales de las tierras tropicales. Aquella parte del mundo “que al sol enamorado circunscribe el vago curso” (“La Agricultura de la Zona Tórrida”). Pero, a veces también evoca a Humboldt sólo para dejarle de lado, y esbozar un futuro próspero a las jóvenes naciones.

En relación a este futuro hay, al menos, un punto bien interesante de explorar, por lo significativo del mismo en las proposiciones de Bello. En esta segunda Silva (“La Agricultura...”), al evocar “el retorno a la naturaleza”, la invitación no es a llevar una vida contemplativa y bucólica sino a desarrollar sus actividades vitales; es decir, la agricultura. Certera lectura realizó Anderson Imbert al caer en cuenta que el poema está dirigido “a la agricultura, actividad práctica, no a la naturaleza como paisaje”⁴⁴. Se exalta la naturaleza por lo que puede derivarse de sus atributos prácticos para las jóvenes naciones. El mismo título del poema sugiere esto. Con tal llamado se está esbozando en discurso poético todo un programa de engrandecimiento material americano, donde resaltan dos rasgos:

a- La vuelta a la agricultura sería el camino para alcanzar el progreso americano, aquel inmutable ideal del siglo XIX, principal componente del proyecto de la modernidad, legado por la filosofía de la Ilustración. Las metáforas empleadas por

⁴² Ver P. Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispana*, F.C.E., México, 1949 (traducido del inglés por J. Díez-Canedo, 1era edición en los EEUU, 1945), pp. 101 y ss.

⁴³ Marcelino Menéndez y Pelayo le considerará, en su monumental *Antología de la poesía hispano-americana*, (Madrid, 1893-1895, 4 vols.) como “el más virgiliano de nuestros poetas”.

⁴⁴ *Historia de la literatura hispanoamericana, I* “La Colonia. Cien años de República”, F.C.E., México, 1962 (1954), p. 206.

Bello evocando tal fin son bastantes didácticas. En su *Silva a la Agricultura...* luego de dedicar doscientas y una líneas a elaborar la rapsodia de la naturaleza americana y del desarrollo cultural de sus hombres, el poema desvía súbitamente su mirada de la celebración a la exhortación: “[...]hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas/ heridas de la guerra; el fértil suelo, /áspero ahora y bravo, /al desacostumbrado yugo torne[...]” O, véase esta otra metáfora que habla: “Del obstruido estanque y del molino/ recuerden ya las aguas el camino; /el intrincado bosque el hacha rompa[...]”

b- El segundo rasgo trata lo siguiente. Contraria a la visión mercantil e industrial que gobernaba el pensamiento europeo, la perspectiva de Bello es más bien pre-industrial y pastoril, casi que fisiocrática podría decirse. Y esto no es producto de pura nostalgia. Si su posición americanista contiene un intento descolonizador --en el sentido en que lo hemos formulado anteriormente-- su programa de progreso material sería alternativo al europeo. Actividades como la industria o la minería constituían el gran aliciente para el capital extranjero (esto lo sabía muy bien Bello, situado desde el privilegiado observatorio que le brindaba la Inglaterra de comienzos del siglo XIX) así como el *locus* de nuevos designios coloniales: “!Oh jóvenes naciones[...]/ Honrad el campo, honrad la simple vida/ Del labrador[...]”. Por supuesto, algo que quizás no sabía Bello es que a través de la agricultura también se desprendían designios colonialistas. Más tarde, para Europa servirse de América le asignaría la misión a sus élites económicas de ser fuente exclusiva de materias primas agrícolas para su industria y mercado para sus productos elaborados. Así se justificaría la expansión capitalista y mercantilista de Europa en la América independiente. También económicamente hablando aquella estaría presente en forma dominante durante toda la historia de ésta.

Los “Prospectos” iniciadores de sus dos grandes empresas periodísticas cuyos nombres son programa --*La Biblioteca Americana* (1823) y el *Repertorio Americano* (1826)-- fundadoras y difusoras de las nuevas tareas del asentamiento y progreso de la civilización americana, son bien reveladores de cuanto hemos argumentado. Bello viaja a Londres en misión diplomática independentista, junto a Bolívar y Luis López Méndez, en junio de 1810 y allí permanecerá durante diez y nueve años. Sólo regresará a América en 1829 para dirigirse directamente a Chile donde se convertiría en uno de los más brillantes estadistas e intelectuales de la época post-independentista. Allí morirá en 1865, dejando detrás de su existencia variada y prolífica huella. Su vida transcurrió como lo señala hermosamente Henríquez Ureña: su espíritu filosófico renovó cuanto tocó, dejando aquella marca de genio que caracterizó toda su obra.

“La Biblioteca Americana” (1823)

Antes de las jornadas de Junín y Ayacucho, inconclusa todavía la(s) independencia(s) política(s), el objetivo principal de *La Biblioteca...* era contribuir a abrir la mirada de América hacia el mundo. Ampliando su horizonte podría entonces dedicarse “a labrar la rica mina de los productos del pensamiento humano”. La política española tuvo cerrada las puertas del continente durante tres siglos. Ahora que sonaban los ecos de la libertad e independencia, y que la paz asomaba su rostro: “parece haber llegado la época de que suceda al vergonzoso sueño de la inacción el empleo activo de las facultades mentales y de que las ingeniosas artes y las ciencias sublimes concurren a

reparar tantas ruinas y desgracias”⁴⁵. Para combatir esta inacción y superar la “ignorancia” (“causa de toda esclavitud y fuente perenne de degradación y miseria”), el contenido de la Biblioteca Americana abarcaría todo aquello relacionado con: “Humanidades y artes liberales”, “Ciencias matemáticas y físicas con sus aplicaciones” e “Ideología, moral e historia” (vi). Al desarrollar estos temas se le daría “lugar distinguido a cuanto tenga relación con la América y especialmente a su historia”.

La razón de un programa semejante no podría ser sino americana en todo cuanto fuese de “interés primario y general” para el continente. Sin detenerse en ningún particularismo, ni mostrar predilección a favor de ningún “estado o pueblo”, el objetivo general se resumía en:

“Examinar bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el nuevo mundo las artes y las ciencias, y de completar su civilización” (vii)

La declaración de independencia intelectual allí contenido (o, si se quiere, el proyecto descolonizador de Bello) no consistía en descubrir nada que Europa no supiese, tampoco en cortar el cordón umbilical que unía a ambos continentes. Se trataba más bien de incorporar a América la modernidad mediante un proceso de selección y adaptación. Ambos elementos están presentes en el Prospecto examinado. Ya en las *Silvas* de Bello aparecía claramente bajo la forma de un canto poético la transformación de materiales europeos en una visión descolonizadora, que en muchos aspectos impugnaba las posiciones dominantes de Europa. En el programa de la Biblioteca Americana, por su parte, el contenido de los procesos de selección y adaptación adquirirían rasgos más políticos, en el sentido de organización y dirección de lo inventariado para su adaptación útil: dar a conocer los inventos útiles “para que adopte establecimientos nuevos”, perfeccionamiento de la industria, el comercio y la navegación, apertura de nuevos canales de comunicación. De manera que tomando los elementos efectivos de las artes y las ciencias (cuyo origen era, bien entendido, europeo por excelencia) se lograría “completar la civilización americana”.

Este tomar (o apropiarse de, si se quiere un término más radical) la cultura europea se haría con carácter de préstamo, hasta que llegase “la época dichosa, en que la América a la sombra de gobiernos moderados, y de sabias instituciones sociales”, se convirtiese en rica, floreciente y libre. Llegado ese momento se le devolvería “con usura a la Europa el caudal de luces que hoy le pide prestado” (viii). Estas luces estarían destinadas a alcanzar --añadiría otro de los promotores de la Biblioteca-- además del progreso material, el progreso intelectual:

“Forzoso es, pues, americanos, que nos empeñemos en mejorarnos, y en adelantar nuestras facultades intelectuales”⁴⁶

⁴⁵ “Prospecto”, *Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura, Artes y Ciencias*, por Una Sociedad de Americanos, Londres, 1823, tomo I, p. V, edición facsimilar, Presidencia de la República, Caracas, 1972, ofrecimiento de Rafael Caldera; índices por Pedro Grases.

⁴⁶ Ver artículo de Juan García del Río, uno de los miembros de aquella Sociedad de Americanos, y co-redactor junto a Bello del Prospecto, “Consideraciones sobre la influencia de la literatura en la sociedad”, *Biblioteca Americana*, tomo I, Londres, abril, 1823, p. 34, edic. facs. cit. Sobre la inclinación de este autor a la filosofía política de la antigüedad clásica, véanse sus comentarios a una nueva edición de “La República” de Cicerón, en *BA*, tomo II, octubre de 1823, pp. 20-24.

Para reforzar estas posiciones y proyectando las ideas de Madame Staël contenidas en su obra: “La literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales” (1800), García del Río concluía, en relación a América, sobre la necesidad de pasar al estado de cultura: “no hay situación más espantosa que cuando existe el egoísmo del estado de naturaleza combinado con la activa multiplicidad de los intereses sociales, cuando existe la corrupción sin cultura[...]la civilización sin luces, la ignorancia sin entusiasmo” (*idem.*).

Repertorio Americano (1826-1827)

Por su parte, el *Repertorio...*, dedicado, al igual que la *Biblioteca*, “al pueblo americano”, fue un intento, siguiendo la tendencia examinada, de contribuir con conocimiento y visión a la tarea de fundación de los nuevos estados en América una vez lograda la(s) independencia(s). La publicación prometía ser desde su comienzo “más rigurosamente americana”; además buscaba defender “con el interés de causa propia la de la independencia y libertad”⁴⁷. Al igual que el esfuerzo editorial anterior, la temática sería amplia: “para despertar la atención de los americanos”. El lugar preferente lo ocuparía: “su geografía, población, historia, agricultura, comercio y leyes; extractando lo mejor que en estos ramos diesen a luz los escritores nacionales y extranjeros[...]” (*idem.*). Sin embargo, se introducían algunas variantes. La sección de “Ciencias naturales y físicas” se reduciría de manera de limitarla “a puntos de una aplicación más directa e inmediata a la América” (3). Las secciones de “Humanidades y ciencias intelectuales y morales” incluirían lo necesariamente americano, descartando “todo aquello que no nos parezca estar en proporción con el estado actual de la cultura americana” (*idem.*).

No pasemos por alto las circunstancias del surgimiento de esta publicación. El hecho de que un programa de consolidación de la “civilización americana” fuese producido en Inglaterra, impulsado por alguien que había permanecido más de quince años fuera de América, podrían a primera vista ser síntomas irónicos de una prédica cultural descolonizadora desde el vientre mismo de la Metrópolis (tan colonizadora había sido, y aún lo era, Inglaterra como España). Sin embargo, como para no olvidar ningún detalle, esta circunstancia es razonada y explicada en el Prospecto. Se consideraba que debido a la situación reinante en América y en Europa, Londres destacaba como el lugar más adecuado para tal empeño: “sus relaciones comerciales con los pueblos transatlánticos le hacen en cierto modo el centro de todos ellos” (2). Pero no sólo las razones comerciales prevalecían, también se argumentaba en favor de aquellas de orden cultural: “en ninguna parte es más audaz la investigación, más libre el vuelo del ingenio, más profundas las especulaciones científicas, más animosas las tentativas de las artes” (*idem.*). En general la Gran Bretaña, y Londres en particular, contaban no sólo con sus riquezas sino también con las de sus vecinos. Y esto era una incomparable ventaja a la hora del acceso a aquellos conocimientos “que más importa propagar en América”. A lo cual se añadirían, obviamente, razones de libertad: “amamos la libertad, escribimos en la tierra clásica de ella”. De modo que no hay ironía alguna en esta posición de Bello y demás gestores del *Repertorio*. O, en todo caso, la ironía es ínsita a la condición cultural americana. El tomar los ejemplos de Europa, el disfrutar de las condiciones que cualquiera de sus capitales brinda, pero

⁴⁷ “Prospecto”, *El Repertorio Americano*, tomo I, Londres, octubre 1826, p. 1, edición facsimilar, Presidencia de la República, Caracas, 1973, pról. e índices de Pedro Grases.

pensando siempre en América sería *conditio sine qua non* para la producción intelectual de este continente. Por aquello de que la lengua, la filosofía, las artes y las letras de Europa son la norma de la modernidad americana. Lo importante es tallar esa norma, sin temblor ni queja, por la palabra o por la acción. Eso es precisamente lo que han hecho aquellos nombres centrales en torno a los cuales puede escribirse la historia americana.

Una vez declarada y consumada la independencia política, América pasa a declarar y abrir camino a su independencia intelectual. El programa de ésta habría de transitar las sendas forjadas por la Europa segunda. Si bien era un programa americanista, no europeo, si lo era de “afán europeizante”, en el sentido en que a esta expresión le da Pedro Henríquez Ureña. Veámoslo.

Los orientadores espirituales de América fueron, en su momento oportuno, “europeizantes”: porque se sentían con derecho a tomar de Europa lo necesario para hacer avanzar la civilización americana, se sentían con “derecho a todos los beneficios de la cultura occidental”⁴⁸. La situación compleja de forjar una organización espiritual independiente con materiales de otra cultura, que además era omniabarcante según sus propios designios, era francamente inevitable. Más aún, era la única posibilidad de trabajar hondamente la expresión americana, de lograr aquel “erguiese al cielo el hombre americano”, de que hablaba Bello. En todo y en cada uno de los casos, el programa de civilización americana presente en la obra de Bello él no lo alcanza a realizar sino someramente, su realización dilatada y la solución de su complejidad le tocaría a los llamados “románticos”⁴⁹.

La distinción entre lo “europeo” y lo “europeizante” contiene el germen de lo que las élites criollas vieron como sustrato estético e ideológico desde los últimos días coloniales, pero con mucha más claridad y fuerza luego de la(s) independencia(s). El proyecto político e ideológico de estas élites se sintetizaba en fundar repúblicas independientes política y culturalmente, pero reteniendo los valores europeos y la supremacía blanca. En un importante sentido, América permanecería como “el mundo de Colón”, así lo había propuesto Bello en su “Alocución a la poesía”. América, además, permanecería como extensión de Europa; y por tanto lo formador, lo activo, lo fecundo y lo directivo era lo europeo. Pero el mismo tiempo, al surgir en América una entidad social nueva, ocurriría también lo que Briceño Guerrero llama acertadamente “la transformación de Europa en América”. Volvemos, entonces, a la formulación paradójica de páginas atrás. En su condición independiente: América es nueva y otra, pero no puede ser nueva y otra porque surge cuando ya Europa era en plenitud. Sus diferencias se constituirían, también sus especificidades, pero sus vectores siempre serían los europeos. Asimilarlos y transformarlos era un problema de disponibilidad, pero también de madurez, de tiempo, de duración. Asimilarlos y transformarlos significaba transformar a Europa en América. Y esto era cuestión de trabajar “el ansia de perfección” de que habla Henríquez Ureña. De manera de bajar hasta la raíz de las cosas que se quieren decir, o alcanzar la expresión firme de lo intuido, de lo asimilado, sólo así se haría visible “la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido” (*ibid.*, 49).

⁴⁸ P. Henríquez Ureña, *Ensayos en busca...*, p. 47.

⁴⁹ Véase mi “Formación y bases del americanismo: De la independencia a las vanguardias (Un siglo de cultura y política en Hispanoamérica)”, *Working Papers*, Universidad de Essex, 1996, pp. 64-108.

Por ahora, se trataba sólo de retornar al punto de partida (“el afán europeizante”) para aumentarlo y enriquecerlo. En eso consistiría la autonomía cultural de América, pero también este sería inicio del nuevo drama espiritual de la civilización americana. El cordón umbilical con el continente de Colón permanecería intacto. Tanto fue así, que el nombre escogido por Simón Bolívar, otro de los tantos europeizantes, para su utopía de una América unida fue el de Gran Colombia: la grande tierra de Colón, alteridad y mismificación de Europa. Ya desde la carta de Jamaica, o sea, antes de la independencia, hablaba de “la trascendencia de la libertad del hemisferio de Colón”. Incluso, son bien conocidos los ejemplos de Iturbide en México o del mestizo General San Martín en Argentina quienes ni siquiera favorecían el gran aporte de América al mundo: la instauración del sistema republicano de gobierno, prefiriendo conservar más bien el sistema monárquico europeo luego de consumada la independencia de España. Es decir, prefiriendo que América dejará de ser nueva y otra para continuar siendo la mismísima Europa.

La reivindicación de una autonomía cultural --al menos en cuanto a las fuentes de inspiración se refiere-- aportaba nuevos puntos de madurez para al menos intentar una expresión diferente. Tomemos un ejemplo final. Una de las grandes figuras literarias de Cuba, Domingo Delmonte (1804-1853), quien junto a su compatriota José María Heredia (1803-1839), dieron gran realce a las letras cubanas de su generación, proponen una expresión americana en cuanto al uso de estas nuevas fuentes. En carta a Heredia, fechada el 14 de octubre de 1826, le recomienda no traducir más a escritores franceses e italianos, además le sugiere dedicarse al teatro y buscar inspiración en Tenoxtitlán, Tlascala y el Perú. Para finalizar agrega: “forma tú la tradición americana, que tu ingenio la produzca, cándida como sus vírgenes, libre como sus repúblicas y terrible y brillante cual Simón y Guadalupe[...]”⁵⁰. Delmonte -- a quien Martí consideraría “como el cubano más real y útil de su tiempo”-- descubriría después la expresión de la vida rural americana como tema para su literatura, dando así origen a una de las corrientes de la llamada poesía criollista⁵¹. Este criollismo era búsqueda de originalidad americana, pero al mismo tiempo era una forma de rebeldía contra la dominación española. La literatura de aquellos días --sobre todo la cubana que continuaba siendo, junto a Puerto Rico, colonia de España-- era insurgente. Delmonte, así como otro criollista, Bartolomé Hidalgo (1788-1823, compartido por el Uruguay y la Argentina), iniciador de la poesía gauchesca, fueron ampliamente imitados durante las guerras de independencia o inmediatamente después en países como Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Argentina y Uruguay (142).

CODA

Edificar cultura propia, el “proceder analítico” y el “pensar por sí”

Llegado a esta altura de nuestra argumentación, y ya para finalizar, cabría preguntarse: ¿Lograron generar, estos primeros momentos del discurso sobre la preparación de la autonomía cultural de América, las condiciones para que sus sociedades, ya independientes en lo político, pasaran al momento de la creación de

⁵⁰ Cit. en Carrilla, p. 53. Ver también, Salvador Bueno, “La compleja personalidad de Domingo Delmonte”, en *Breves biografías de grandes cubanos del siglo XIX*, La Habana, 1964, pp. 239-50.

⁵¹ Véase Henríquez Ureña, *Las corrientes...*, p. 110.

nuevas formas históricas y sociales? O, puesta la pregunta en el sentido kantiano definido al comienzo, ¿contribuyó este discurso a la formación de ciertas condiciones socio-históricas según la “ley de la razón”? ¿Lograron las letras y la escritura de la modernidad afianzar la voluntad modernizadora en el pensamiento americano? El tema, las interrogantes, las condiciones siempre estuvieron presentes en el pensamiento posterior de Bello. La creencia de que sólo mediante la educación de los pueblos es posible edificar cultura propia y llegar a avanzados estados de civilización, se mantiene constantemente en toda su obra de Chile. Los principios que fundamentarían la creencia serían la dedicación y el incremento del estudio y cultivo de las ciencias y las letras; aquel “proceder que, amoblando la memoria, ejercita al mismo tiempo el entendimiento y exalta la imaginación”⁵². De esto dependería el adelanto de América en los órdenes intelectual, moral y político. Los cuales eran inseparables en aquellas sociedades recién emancipadas y en lucha por afirmar su ser nacional. Además, éste había sido el recto camino seguido por Europa porque:

“¿Quién prendió en la Europa esclavizada las primeras centellas de libertad civil? ¿No fueron las letras? ¿No fue la herencia intelectual de Grecia y Roma, reclamada, después de una época de oscuridad, por el espíritu humano?” (6)

Vemos así articulado el discurso de la preparación de la autonomía cultural a los grandes enunciados de la modernidad occidental, parte de aquel vasto movimiento que tuvo por cuna la edad clásica⁵³: la virtud educadora de las ciencias y las letras, el conducirse según la ley de la razón (“el raciocinio debe engendrar el teorema”, señala Bello en su *Discurso* de 1843, p. 19), la elevación del carácter moral en el seno de toda comunidad, la libertad como patrimonio de toda sociedad humana.

Bello no desdeñaría en afirmar que “las ciencias y las letras [...] aumentan los placeres y goces del individuo que las cultiva y las ama [...] Al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y a la imaginación elevan el carácter moral”⁵⁴. Para luego ponderar el papel de la instrucción literaria y científica en los siguientes términos:

“Yo ciertamente soy de los que mira la instrucción general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas” (10).

América era un enorme yacimiento de objetos, formas, sentimientos, valoraciones y actitudes que necesitaban ser educados, incorporados y disueltos en el seno de una cultura. Esta no sería otra que la europea segunda y se haría a través de la enseñanza literaria y científica⁵⁵. Haciendo ésto se robustecería el rostro original americano;

⁵² “Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile el día 17 de septiembre de 1843”, en *Obras Completas*, tomo XXI/ vol. 1 “Temas educacionales”, pról. Luis Beltrán Prieto, La Casa de Bello, Caracas, 1982, p. 19.

⁵³ “[...] cuyas ondulaciones aquí rápidas, allá lentas, en todas partes necesarias, fatales, allanarán por fin cuantas barreras se les opongan, y cubrirán la superficie del globo”, *ibid.*, p. 6.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 7.

⁵⁵ “Nos hallamos incorporados en una grande asociación de pueblos, de cuya civilización es un destello

complementando los viejos elementos de la tradición clásica con las nuevas técnicas aprehendidas y con aquellas por aprehender o que resultasen de la investigación de su propia realidad, se crearían bases de organización cultural. Y esta incorporación de lo nuevo ocurriría con aquel carácter de préstamo a la cultura europea que referimos páginas atrás. El tomar los elementos útiles a América era principio guía del discurso de la autonomía cultural. Sólo quedaba por verse cuándo y cómo se le devolvería a Europa el caudal de luces que se le había prestado. Así, pues, en el principio fue el préstamo, luego vendría la imitación, pero ambos entendidos como instrumentos principales de civilización. Los caminos de la modernidad americana serían aquellos del préstamo --a “Europa y los Estados Unidos de América, nuestro modelo bajo tanto respectos”⁵⁶-- de los instrumentos para propagar las luces. Luego vendría la devolución con creces. Así lo repite Bello en 1836 desde las páginas de *El Araucano*, en un meduloso artículo titulado “Las Repúblicas Hispanoamericanas”, las cuales:

“[...] formarían con el tiempo un cuerpo respetable que equilibre la política europea, y que por el aumento de riqueza y población y por todos los bienes sociales que deben gozar a la sombra de sus leyes, den también, con el ejemplo, distinto curso a los principios gubernativos del antiguo continente”.⁵⁷

No obstante, para alcanzar su autonomía cultural, el dominio de su civilización, era necesario acompañar la incorporación de lo prestado con lo que Bello denomina “el proceder analítico”, reiterado con gran énfasis en su *Discurso de instalación de la Universidad de Chile*. No se trataba ni de mimesis, ni de recepción de resultados sintéticos (como aquellos de la ilustración europea), éstos no harían sino dispensarnos “del examen de sus títulos [...] del proceder analítico, único medio de adquirir verdaderos conocimientos” (18). Bello no hacía con sus palabras y con el ejemplo más que preparar el vasto campo de la modernidad. Que la razón humana es débil, es algo bien sabido, pero más todavía lo era --acaso, lo sigue siendo-- en aquellas nacientes sociedades. Por qué eximir las, entonces, de suministrarles sustanciosos alimentos, uno de los cuales era esencial:

“Alimentar el entendimiento, para educarle y acostumbrarle a pensar por sí”(18)

Quizás esta consigna de *pensar por sí* contenía las claves para preparar tanto la modernidad de América como la devolución de lo prestado. O, tal como certeramente lo señala Pedro Grases, encerraba la fórmula de la perfección del individuo, como ser humano y como ciudadano (*Prólogo*, cit., p. XLV). Pensando por sí aquella juventud chilena (en tanto receptor inmediato), y americana en general, podría convertir los juicios ajenos en convicciones propias. Este será tema constante en los escritos posteriores de Bello.

En esta labor civilizadora la escritura de la modernidad y el discurso de la autonomía cultural se convierte en parte de un diálogo a varias voces que buscaba dar forma y

la nuestra. La independencia que hemos adquirido nos ha puesto en contacto inmediato con las naciones más adelantadas y cultas; naciones ricas de conocimientos, de que podemos participar con sólo quererlo”, afirmaba Bello en 1841. Ver *Obra literaria*, cit., p. XLI.

⁵⁶ Discurso del 17 de septiembre de 1843, op. cit., p. 10.

⁵⁷ Ver *Obra Literaria*, op. cit., p. XLVI.

contenido a aquel enorme yacimiento. Las valoraciones del discurso establecían, en afán diferenciador, cierta distancia frente a los códigos culturales de la Europa segunda, para al mismo tiempo defender y desarrollar la causa cultural americana que --al final de cuentas-- no sería más que su destello. En este punto el novedoso lenguaje de la razón segunda serviría de gran instrumento. A este lenguaje --áspero, técnico, calculador, prescriptivo y, sobre todo, clasificador por su propia naturaleza-- se le enriquecería con misión civilizadora y moral, cultural e intelectual. Habría que ascender hacia la palabra, era necesario fortalecerla para escribir conjurando la espuma de que hablaría, más tarde, Vallejo. Según Bello: “El hábito de pensar, unido a la necesidad de hacer uso de lo que se piensa, conducen a perfeccionar el arte de dar fuerza a la palabra”⁵⁸. Pero para ello se requería de trasfondos, de nuevos sustratos donde encontrar lugar a la quilla de Colón, construyendo hábitos útiles y palabras fuertes. Ambos los presagió Bello con fe de educador, con mirada larga de humanista para quien las fuentes inspiradoras de la modernidad se hallarían en los clásicos. Finalicemos este artículo con sus propias palabras que son las que mejor resumen la fuerza de su discurso, y cuya elocuencia conjura cualquier comentario adicional:

“Las crisis despiertan la atención del espíritu humano; obsérvase con ojos curiosos el progreso y la lucha incesante de las pasiones [...] Los sucesos políticos, mudando la dirección de los espíritus, los aficionan a estudios serios. Así se ha ensanchado entre nosotros la esfera de los conocimientos; la verdad ha recobrado su antiguo imperio sobre las artes; el gusto, inseparable de la razón, se ha hecho severo; y cada cual, mediante las lecciones de la experiencia, ha aprendido a juzgar por sí mismo. Los amigos de las letras, restituidos a la naturaleza, percibieron todo el mérito de la antigüedad, y reconocieron que el verdadero medio de aventajar a los modernos era igualar a los antiguos”. (*Ib.* pp 261-2)

⁵⁸ “Estudios sobre Virgilio, por P.F. Tissot”, *El Repertorio Americano*, tomo I, Londres, octubre de 1826, pp. 19-20; también incluido en *Obra literaria*, op. cit., p. 261.